



Introducción a la semana

Las primeras lecturas pertenecen a la primera carta de Juan. El tema de los primeros días es el amor, tan propio de la tradición joánica. Los evangelios de esos dos primeros días pertenecen a los evangelios de la Infancia según San Lucas. El jueves, es el último día del año civil. La Iglesia es consciente de ello y por eso la primera lectura, también de la primera carta de san Juan, se inicia "Hijos míos es la última hora", y aconseja cómo deben valorarse a sí mismos los cristianos y como han de actuar. El Evangelio del Prólogo del evangelio de San Juan expone el acontecimiento más relevante de la historia: El Verbo vino a los suyos. Los años discurren y han discurrido antes y después de ese acontecimiento. El viernes es la solemnidad de Santa María Madre de Dios, la reflexión queda sustituida por la homilía de ese día.

Lun 26 Dic 2016
Evangelio del día
Octava de Navidad
Hoy celebramos: San Esteban (26 de Diciembre)

"Esteban, Lleno de Espíritu Santo"

Primera lectura

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 6,8-10; 7,54-60

En aquellos días, Esteban, lleno de gracia y poder, realizaba grandes prodigios y signos en medio del pueblo. Unos cuantos de la sinagoga llamada de los libertos, oriundos de Cirene, Alejandría, Cilicia y Asia, se pusieron a discutir con Esteban; pero no lograban hacer frente a la sabiduría y al espíritu con que hablaba. Oyendo estas palabras, se recomían por dentro y rechinaban los dientes de rabia. Esteban, lleno de Espíritu Santo, fijó la mirada en el cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús de pie a la derecha de Dios, y dijo: «Veo el cielo abierto y al Hijo del hombre de pie a la derecha de Dios.»

Dando un grito estentóreo, se taparon los oídos; y, como un solo hombre, se abalanzaron sobre él, lo empujaron fuera de la ciudad y se pusieron a apedrearlo. Los testigos, dejando sus capas a los pies de un joven llamado Saulo, se pusieron también a apedrear a Esteban, que repetía esta invocación: «Señor Jesús, recibe mi espíritu.»

Luego, cayendo de rodillas, lanzó un grito: «Señor, no les tengas en cuenta este pecado.»

Y, con estas palabras, expiró.

Salmo

Sal 30,3cd-4.6 y Sab 16bc-17 R/. A tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu

Sé la roca de mi refugio,
un baluarte donde me salve,
tú que eres mi roca y mi baluarte;
por tu nombre dirigeme y guíame. R/.

A tus manos encomiendo mi espíritu:
tú, el Dios leal, me librarás.
Tu misericordia sea mi gozo y mi alegría.
Te has fijado en mi aflicción. R/.

Librame de los enemigos que me persiguen;
haz brillar tu rostro sobre tu siervo,
sálvame por tu misericordia. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 10,17-22

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus apóstoles: «No os fiéis de la gente, porque os entregarán a los tribunales, os azotarán en las sinagogas y os harán comparecer ante gobernadores y reyes, por mi causa; así daréis testimonio ante ellos y ante los gentiles. Cuando os arresten, no os preocupéis de lo que vais a decir o de cómo lo diréis: en su momento se os sugerirá lo que tenéis que decir; no seréis vosotros los que habléis, el Espíritu de vuestro Padre hablará por vosotros. Los hermanos entregarán a sus hermanos para que los maten, los padres a los hijos; se rebelarán los hijos contra sus padres, y los matarán. Todos os odiarán por mi nombre; el que persevere hasta el final se salvará.»

Reflexión del Evangelio de hoy

Protomártir

Ayer, dejando atrás el Adviento, celebrábamos solemnemente Navidad, la venida del Señor. Vamos a seguir en este ambiente navideño, porque la Encarnación es demasiada fiesta para un solo día. Significa que Dios se hace hombre, se humaniza; con la finalidad de que el hombre se “divinice”, entrando en la órbita y vida de Dios. ¿Cómo se logrará esto? Lo iremos viendo a lo largo de todo el año litúrgico, a partir de hoy mismo. La liturgia nos irá mostrando figuras señeras que, iluminadas por la luz de Cristo, fueron y siguen siendo capaces de iluminar con esa misma luz a los demás. Hoy Esteban, mañana Juan, los Santos Inocentes, luego; María Santísima, el día primero del nuevo año, y así hasta el final del ciclo, cuando recordemos a todos los Santos que no pudieron tener un día para ellos solos.

Protomártir significa “primer testigo”. Esteban, uno de los siete diáconos, de origen griego, en la Iglesia de Jerusalén, fue el primero en dar testimonio con su vida, con su sangre, de Jesús. Dice el Evangelio que Esteban “lleno de gracia y poder, realizaba grandes prodigios y signos en medio del pueblo”, lo mismo que había hecho Jesús. Y, como Jesús, fue falsamente acusado y condenado, muriendo con palabras y sentimientos similares a los de su Maestro: “Señor, recibe mi espíritu; y no les tengas en cuenta su pecado”.

Lleno de Espíritu Santo

“Esteban, lleno de Espíritu Santo”. Esa es la clave. Esteban se dejaba llevar por el Espíritu, por la fidelidad, por la honradez, por la bondad, por la santidad, y recibió la bendición del Señor. Porque allí no todos estaban llenos de Espíritu, sino de otros espíritus no tan buenos y santos. Estaban los discutidores que no lograban doblegar con sus palabras la entereza de Esteban; y no sólo discutidores, sino ejecutores de su martirio.

Pero, quiero referirme a Saulo, aquel joven que no pudo recibir bendiciones por lo que hizo, porque participó lo mismo que ellos en aquella injusticia. Pero él estaba convencido de que obraba bien, de que había que oponerse a Jesús y a todos sus discípulos, y obró consecuente con sus equivocadas ideas. Pero, quiero fijarme en la bendición de Esteban, que “ve el cielo abierto y al Hijo del hombre de pie a la derecha de Dios”. Que sólo hace que repetir: “Señor, recibe mi espíritu”; y que muere gritando: “Señor, no les tengas en cuenta este pecado”. Y, mientras, Saulo, escondido, en silencio, sin bendición alguna, de momento. Quién sabe si no fue este otro “signo” de Esteban, esta vez a favor de aquel joven colaborador en su martirio. Pero, de momento nos quedamos con las bendiciones.

¿Cómo va mi testimonio? ¿Me preocupa más la persona y mensaje de quien tengo que ser testigo, o prevalecen las posibles consecuencias de mi actuación?

¿Qué creo que debería suprimir o asumir para que mi vida fuera la de un testigo del Señor?



Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
La Virgen del Camino

San Esteban

El nombre de Esteban significa «corona». El relato de su vida y de su muerte nos muestra hasta qué punto el nombre correspondía por esta vez a la grandeza heroica del personaje. Esteban pertenece a la primitiva comunidad cristiana de Jerusalén. Tal vez hubiera pasado inadvertido si no hubiera entrado en escena con motivo de un malestar que un día estalló en protestas.

Seguramente había transcurrido todavía muy poco tiempo desde la muerte de Jesús. De hecho, a pesar del mandato explícito del Maestro, todavía no se habían dispersado los doce. La comunidad no era muy grande, pero era ya lo suficientemente numerosa para generar algunos serios motivos de disgusto. El caso es que al multiplicarse los discípulos de Jesús, surgieron algunas quejas entre los grupos de cristianos procedentes del helenismo contra los cristianos de cultura hebrea. Aquéllos alegaban que sus viudas eran desatendidas en la asistencia cotidiana.

Elección y vocación

Así pues, los doce decidieron convocar la asamblea de los discípulos para ver la posibilidad de corregir los abusos. La primera medida adoptada consistió en una distribución de funciones que sin duda se hacía ya esperar. Así pues, los apóstoles dijeron:

«No parece bien que nosotros abandonemos la Palabra de Dios por servir a las mesas. Por tanto, hermanos, buscad de entre vosotros a siete hombres, de buena fama, llenos de Espíritu y de sabiduría, y los pondremos al frente de este cargo; mientras que nosotros nos dedicaremos a la oración y al ministerio de la Palabra, (Hch 6, 2-4).

Aquella propuesta pareció razonable a toda la asamblea y escogieron entre los miembros de la comunidad a siete varones de probada virtud. En primer lugar es mencionado Esteban, del que se dice que era «hombre lleno de fe y de Espíritu Santo». Junto a él aparecen Felipe, Prócoro y Nicanor, así como Timón, Pármenas y Nicolás, prosélito de Antioquía. Una antigua tradición ha vinculado a aquellos elegidos con los primeros 'diáconos' o servidores de la comunidad.

De todos ellos se requería una honestidad reconocida públicamente por todos. Como se puede observar por sus nombres, todos ellos pertenecían al ámbito de la cultura helenista. Ya sólo con esta elección, la comunidad cristiana daba prueba de una cierta apertura a la universalidad. Así pues, los elegidos por la comunidad fueron presentados a los apóstoles y, éstos, habiendo hecho oración, les impusieron las manos. Ese gesto habría de permanecer en la Iglesia como signo de la transmisión de una misión. Aquellas primeras «vocaciones» habían sido suscitadas a la vista de necesidades muy concretas y pasaban por la mediación de la elección de la comunidad. Parece que de ellos se esperaba un correcto servicio para hacer frente a las necesidades de los menos favorecidos, pero también una cierta dedicación a la «palabra».

De pronto, el relato atrae nuestra atención sobre uno de aquellos varones elegidos: Esteban. A lo largo del texto se alude a cuatro tipos de plenitud que adornan su persona. Una de las condiciones que han de acompañar a los elegidos por la comunidad es que estén «llenos de Espíritu y de sabiduría» (Hch 6, 3). Entre ellos se nos presenta a Esteban como un varón «lleno de fe y de Espíritu Santo» (Hch 6, 5), un elogio que no se atribuye a ningún otro de los elegidos. Poco más adelante, se presenta a Esteban como «lleno de gracia y de poder, cualidades carismáticas que lo capacitan para realizar entre el pueblo grandes prodigios y señales (Hch 6, 8). Cuando Esteban termina su discurso, en el que ha realizado una lectura creyente de la historia de su pueblo, se nos presenta una vez más ante los ojos como «lleno del Espíritu Santo» (Hch 7, 55). Esa plenitud del Espíritu es la fuente y la razón de su fe, de su gracia y poder y de su sabiduría, cualidades todas que le harán un testigo válido y decidido del Evangelio ante los judíos de Jerusalén.

Misión y proceso

El texto del libro de los Hechos de los Apóstoles aprovecha ese momento para subrayar que «la Palabra de Dios iba creciendo; en Jerusalén se multiplicó considerablemente el número de los discípulos, y multitud de sacerdotes iban aceptando la fe» (Hch 6, 7).

Pero el panorama religioso de la ciudad era más complejo de lo que se pudiera sospechar. En Jerusalén existía por entonces una sinagoga llamada de los Libertos, en la que se reunían judíos procedentes de diversas partes del imperio y, en concreto de las tierras africanas de Cirene y de Alejandría, así como de las colonias de Cilicia -de donde procedía Saulo- y de Asia, que tenía su capital en Éfeso. Los judíos agrupados en esa sinagoga gozaban de un alto nivel de cultura, conocían bien las escrituras y manejaban con soltura la retórica. Seguros de sí mismos se pusieron a disputar con Esteban sobre la Ley de Moisés y su eficacia para la salvación.

Esteban conocía su lengua, pero su discurso brillaba sobre todo por su unción espiritual: efectivamente, a través de sus palabras se manifestaba la sabiduría que procede del Espíritu. Ante ella, los judíos helenistas tendrían que darse por vencidos, pero no estaban dispuestos a admitirlo. Prefirieron silenciarlo por la fuerza. Lo que no habían logrado con razones trataron de conseguirlo con el engaño. Como repitiendo la vieja estratagema que Jezabel había empleado contra Nabot (1R 21, 10-13), sobornaron a falsos testigos para que acusaran a Esteban de crímenes que se condenaban con la muerte. Habían de testificar diciendo: «Nosotros hemos oído a éste pronunciar palabras blasfemas contra Moisés y contra Dios» (Hch 6, 11).

Identificar los propios proyectos con la causa misma de Dios suele dar un resultado infalible. Con ello, los judíos helenistas lograron amotinar al pueblo, a los ancianos y a los escribas y, en medio del tumulto, prendieron a Esteban y le condujeron al Sanedrín. Curiosamente, las acusaciones que esgrimen contra él recuerdan las que poco antes habían sido presentadas para tratar de justificar la muerte de Jesús. En efecto, presentaron algunos testigos falsos que declararon abiertamente:

Este hombre no para de hablar en contra del Lugar Santo y de la Ley; pues le hemos oído decir que Jesús, ese Nazareno, destruiría este Lugar y cambiaría las costumbres que Moisés nos ha transmitido» (Hch 7, 13-14).

Como suele ocurrir en toda acusación, algo había de verdad en aquellas palabras, a pesar de que estaban sacadas de todo contexto. Jesús era ya venerado como el nuevo santuario de Dios y su vida y su doctrina se habían convertido en normativas para sus seguidores. La falsedad consistía en entender la primera afirmación como una invitación a destruir el Templo de Jerusalén y en explicar la segunda como si el mismo Jesús no hubiera venido a asumir y dar cumplimiento a la Ley de Moisés.

El redactor del texto no deja de incluir en este punto un inciso admirable: 'Fijando en él la mirada todos los que estaban sentados en el Sanedrín, vieron su rostro como el rostro de un ángel» (Hch 6, 15).

Discurso y testimonio

Los discursos que encontramos en el libro de los Hechos de los Apóstoles han de ser leídos e interpretados teniendo en cuenta ese género literario, tan común en la literatura de su tiempo. El discurso del héroe no refleja exactamente sus palabras, pero constituye una elaborada reflexión sobre el sentido de sus acciones y proyectos. Así ocurre con el discurso que se pone en boca de Esteban.

El proceso propiamente dicho es interesante por ese discurso. Bastó una pregunta del sumo sacerdote para que Esteban, sin detenerse a desmentir aquellas acusaciones que los falsos testigos lanzaban contra él, pasase a trazar a grandes rasgos la historia de Israel.

Ante los oídos del auditorio hace desfilar el recuerdo de los grandes patriarcas: Abrahán, Isaac y Jacob. La evocación de José, vendido por sus hermanos, introduce a los oyentes en el escenario de Egipto y en la memoria de la esclavitud. Después es el turno de Moisés, el libertador incomprendido por su propio pueblo. Tras la revelación de Dios en la zarza ardiente, Moisés es enviado por Dios como jefe y redentor.

Esteban introduce una digresión intencionada para recordar que el pueblo de Israel, peregrino por el desierto, contaba con la Tienda del Testimonio y que sólo Salomón logró construir el Templo, aunque el Altísimo no habita en casas hechas por mano de hombre», como habían dicho los profetas (Hch 7, 48). El mensaje que transmiten estas palabras es fácilmente comprensible. Si el pueblo de Dios había vivido tanto tiempo sin un templo, ¿por qué ahora se escandaliza el Sanedrín de que Dios haya decidido prescindir del Templo de Jerusalén?

De todas formas, el recuerdo de los profetas parece encender el corazón de Esteban y le sirve de puente para acercarse definitivamente a la figura del Mesías Jesús, a la que estaba orientado todo el discurso:

Duros de cerviz, incircuncisos de corazón y de oídos! ¡Vosotros siempre resistís al Espíritu Santo! ¡Como vuestros padres, así vosotros! ¿A qué profeta no persiguieron vuestros padres? Ellos mataron a los que anunciaban de antemano la venida del Justo, de aquel a quien vosotros ahora habéis traicionado y asesinado; vosotros que recibisteis la Ley por mediación de ángeles y no la habéis guardado» (Hch 7, 51-53).

Así pues, dos fueron los temas tocados por Esteban que encendieron la ira de sus adversarios: el recuerdo de las continuas infidelidades de Israel a su vocación de Pueblo de la Alianza y el papel relativo que él parecía atribuir al Templo de Jerusalén. Todavía faltaba una tercera afirmación que muy pronto iban a escuchar de los labios de Esteban. Y entonces, su suerte estaría definitivamente echada.

Muerte y martirio

Lleno del Espíritu Santo que lo había guiado en su ministerio y había inspirado sus palabras, Esteban miró fijamente al cielo y vio la gloria de Dios y a Jesús que estaba en pie a la diestra de Dios. Se cumplía así la palabra que Jesús había pronunciado también ante el Sanedrín (Mt 26, 64) atribuyéndose la antigua profecía de Daniel sobre el «Hijo del hombre» (Dn 7, 13). Efectivamente, para Esteban se hacían ya realidad las promesas sobre los tiempos escatológicos. El Maestro al que había seguido y del que había dado testimonio se le hacía visible como Señor de la historia: «Estoy viendo los cielos abiertos y al Hijo del hombre que está en pie a la diestra de Dios» (Hch 7, 56).

Ninguna blasfemia era comparable a ésta para el Sanedrín. Ante sus mismos ojos, el hombre de Nazaret, al que habían condenado poco antes como un peligro para la unidad religiosa y para la seguridad social de su pueblo, era proclamado, sin temor a la muerte, como el Mesías prometido. Tal anuncio era una denuncia del antiguo régimen de Israel que ellos se empeñaban en mantener en pie.

La reacción de los oyentes era más que previsible. Al oír esto, sus corazones se consumían de rabia y rechinaban sus dientes contra Esteban. Gritando fuertemente, se taparon sus oídos y se precipitaron todos a una sobre Esteban; le echaron fuera de la ciudad, como habían hecho con Jesús y empezaron a apedrearle (Hch 7, 57-58). También Esteban, como había ocurrido con Jesús, era asesinado a las afueras de la ciudad, al igual que fuera de la ciudad eran quemados los cuerpos de los animales sacrificados en la fiesta de la Expiación. Exiliado de su pueblo, Esteban se convertía en paradigma de los cristianos, que expulsados del campamento, viven como quien no tiene aquí ciudad permanente (cf. Hb 13, 12).

En este momento de la narración, el texto añade que los testigos de aquella ejecución pusieron sus vestidos a los pies del joven Saulo (Hch 7, 58), que aprobaba su muerte (Hch 8, 1).

Mientras le apedreaban, Esteban hacía esta invocación: «Señor Jesús, recibe mi espíritu» (Hch 7, 59). Evidentemente, el texto subraya la similitud de la actitud y de la oración de Esteban con la de Jesús (cf. Lc 23, 46). Ambos culminan su vida con la oración del salmo 31. Pero Esteban dirige su oración al que era para él modelo de toda oración y era ya para los suyos el destinatario de la misma. Después de esto, dobló las rodillas y, repitiendo de nuevo el gesto magnánimo de su Maestro (cf. Lc 23, 24), dijo con fuerte voz: «Señor, no les tengas en cuenta este pecado». Y diciendo esto, se durmió.

Después de aquel asesinato, unos hombres piadosos sepultaron a Esteban e hicieron gran duelo por él (Hch 8, 2). Debía de ser el año 36 de la era cristiana.

El lugar del martirio ha sido tradicionalmente localizado en el valle del Cedrón, cerca de las murallas orientales de Jerusalén, donde se

alza una pequeña iglesia greco-ortodoxa. Una antigua tradición, que se refiere a una revelación recibida el año 415 por el presbítero Luciano, afirma que sus restos estuvieron sepultados en Gafar Gamala —a unos treinta km. de Jerusalén—. San Agustín se refiere a su reciente descubrimiento y alude a la enorme devoción popular que concitaban.

Posteriormente, sus restos habrían sido devueltos a la Ciudad Santa y colocados en la iglesia edificada en el siglo V por la emperatriz Eudoxia. Sobre el solar de aquella iglesia bizantina, construida al Norte de la ciudad, cerca de la puerta de Damasco, se levanta hoy la iglesia de San Esteban, abrigada por el recinto de la Escuela Bíblica, que fundó el sabio dominico José M.a Lagrange.

José-Román Flecha Andrés

Mar
27
Dic
2016

Evangelio del día

Octava de Navidad
Hoy celebramos: San Juan Evangelista (27 de Diciembre)

“Vio y creyó”

Primera lectura

Comienzo de la primera carta del apóstol san Juan 1,1-4:

Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que contemplamos y palparon nuestras manos: la Palabra de la vida (pues la vida se hizo visible), nosotros la hemos visto, os damos testimonio y os anunciamos la vida eterna que estaba con el Padre y se nos manifestó. Eso que hemos visto y oído os lo anunciamos, para que estéis unidos con nosotros en esa unión que tenemos con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Os escribimos esto, para que nuestra alegría sea completa.

Salmo

Sal 96,1-2.5-6.11-12 R/. Alegraos, justos, con el Señor

El Señor reina, la tierra goza,
se alegran las islas innumerables.
Tiniebla y nube lo rodean,
justicia y derecho sostienen su trono. R/.

Los montes se derriten como cera
ante el dueño de toda la tierra;
los cielos pregonan su justicia,
y todos los pueblos contemplan su gloria. R/.

Amanece la luz para el justo,
y la alegría para los rectos de corazón.
Alegraos, justos, con el Señor,
celebrad su santo nombre. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 20,2-8

El primer día de la semana, María Magdalena echó a correr y fue donde estaba Simón Pedro y el otro discípulo, a quien tanto quería Jesús, y les dijo: «Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto.» Salieron Pedro y el otro discípulo camino del sepulcro. Los dos corrían juntos, pero el otro discípulo corría más que Pedro; se adelantó y llegó primero al sepulcro; y, asomándose, vio las vendas en el suelo; pero no entró. Llegó también Simón Pedro detrás de él y entró en el sepulcro: vio las vendas en el suelo y el sudario con que le habían cubierto la cabeza, no por el suelo con las vendas, sino enrollado en un sitio aparte. Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro; vio y creyó.

Reflexión del Evangelio de hoy

Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos...

El testigo es el que ha visto u oído algo y lo manifiesta y lo defiende ante quien se lo pregunte. Lo hace simplemente para relatar lo visto u oído. El testigo cristiano va un poco más allá. No es solo aquel que fríamente expresa lo que ha visto, oído y vivido en su encuentro con Cristo Jesús. Busca también que, a través de su testimonio, del relato y vivencia de su experiencia, aquel a quien se dirige llegue a tener su misma experiencia. Así los testigos de Jesús de todos los tiempos y también, por tanto, sus primeros testigos de los que nos habla la primera lectura. “Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que contemplamos

y palparon nuestras manos: la Palabra de Vida... nosotros la hemos visto, os damos testimonio...".

Nosotros, los cristianos del siglo XXI, tenemos que hacer otro tanto. Con nuestras palabras y, sobre todo, con la experiencia de nuestra vida, debemos seguir testificando a nuestros hermanos a Jesús, el que es el Camino, la Verdad y la Vida, el que puede llenar de esperanza y de vida cualquier corazón humano, para que gocen de nuestra misma experiencia.

Vio y creyó

Fue lo que hizo San Juan evangelista, cuya fiesta celebramos hoy, después de su primer encuentro con Jesús, el de las cuatro de la tarde, cuando buscándole con Andrés y deseando saber quién era y dónde moraba, les invitó a su casa: "Venid y ved". A raíz de este primer encuentro, Juan dejó todo lo que tenía y aceptó la invitación de Jesús a seguirle y ser discípulo suyo. En ese seguimiento, Jesús fue retocando y modelando su corazón y Juan correspondió al gran amor que le mostró, siendo el único de sus amigos que permaneció al pie de la cruz y al que Jesús le encargó el cuidado de su madre María.

El evangelio de hoy nos recuerda su fe en el Cristo resucitado, al encontrarse con el sepulcro vacío. "Vio y creyó". Resurrección que siguió fortaleciendo en las posteriores apariciones de Jesús. Desde entonces, con toda la fuerza de su corazón, Juan fue testigo de lo que había visto, oído y experimentado al lado de Jesús. Fue testigo de su vida, muerte y resurrección, que también supo plasmar en su evangelio y sus cartas... tratando de contagiar a los demás su sublime experiencia con Jesús amigo, muerto y resucitado.



Fray Manuel Santos Sánchez
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

San Juan Evangelista

Hermano de Santiago e hijos del Zebedeo. Uno de los tres predilectos de Jesús entre los Doce. En el libro de los Hechos de los Apóstoles aparece siempre junto a Pedro (3-4; 8). Pablo lo considera como una de las tres columnas de la Iglesia: -Santiago, Cefas y Juan, que pasan por ser las columnas (Ga 2, 9), era considerado como el autor del Evangelio que lleva su nombre. De momento lo que mantenemos es que era evangelista. Entre los griegos la palabra designaba al anunciador de oráculos. En el Nuevo Testamento se aplica al anunciador de la Buena Noticia del Evangelio. Se impuso muy pronto en la Iglesia llamar evangelistas a los autores de los Evangelios. La revisión a la que debe ser sometida la palabra en cuestión obedece a que ninguno de los Evangelios ha salido de una única pluma ni de una única vez.

En los cuatro se detectan fácilmente vestigios de composición – distintas fases por las que pasaron antes de llegar al estado adulto en que hoy los poseemos- y un crecimiento progresivo que pone de manifiesto la maduración creciente fe cristiana y su confrontación con el entorno cultural en el que vivían las comunidades cristianas. Los evangelistas son portavoces de la fe de dichas comunidades y, como tales, revisores y adaptadores de la misma frente a las nuevas circunstancias, favorables o adversas, que iban surgiendo. Los evangelios crecieron constantemente hasta el momento de su fijación definitiva por escrito. [...]

[...] Hoy se sigue hablando del Evangelio según San Juan y, consiguientemente, del evangelista Juan. Pero la obra, el cuarto Evangelio, es considerado como un documento teológico en forma de Evangelio que ha sido colocado bajo el patrocinio de San Juan Apóstol. Y San Juan Evangelista es la figura representativa a la que se acude como avalista del documento teológico más valioso del Nuevo Testamento. Mantenemos tanto el nombre como el título que lleva por razones tradicionales.[...]

Testigo de la fe original

[...] El autor del cuarto Evangelio no pertenece ya a la generación apostólica. Juan Evangelista -seguimos reservando este título para el autor del Evangelio- siente la distancia que le separaba del Jesús histórico y reflexiona sobre la misma con mayor intensidad que lo hicieron los sinópticos. Su reflexión se centra en dos momentos trascendentales: en la vida de Jesús y en la época posterior en que él vive. Y no debemos pensar que al evangelista le interesa muy poco el Jesús histórico. Lo que pretende el evangelista es unir o armonizar ambos momentos, de tal manera que el primero -el relativo al Jesús histórico- siga siendo el fundamento del segundo y que éste se desarrolle profundamente, en admirable «inculturación», desde aquél.

El protagonista de su Evangelio es un viviente, ausente corporalmente de la comunidad y, al mismo tiempo, presente en ella y determinante de su vida. Los discursos de Jesús son, más bien, discursos sobre Jesús; las discusiones de Jesús con sus contemporáneos se convierten en las discusiones sobre Jesús, protagonizadas por el cristianismo naciente con el judaísmo que se le había enfrentado de forma violenta. Juan Evangelista se interesa por Jesús no como historiador, sino como cristiano y creyente, como teólogo, teniendo en cuenta la cultura y mentalidad tan distintas de sus nuevos destinatarios a los que había que hablarles en el lenguaje que ellos entendiesen. [...]

Felipe F. Ramos

Mié 28 Dic 2016
Evangelio del día
Octava de Navidad
Hoy celebramos: Santos Inocentes (28 de Diciembre)

“Dios es luz, Él es fiel y justo”

Primera lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Juan 1,5-2,2

Queridos hermanos: Os anunciamos el mensaje que hemos oído a Jesucristo: Dios es luz sin tiniebla alguna. Si decimos que estamos unidos a él, mientras vivimos en las tinieblas, mentimos con palabras y obras. Pero, si vivimos en la luz, lo mismo que él está en la luz, entonces estamos unidos unos con otros, y la sangre de su Hijo Jesús nos limpia los pecados. Si decimos que no hemos pecado, nos engañamos y no somos sinceros. Pero, si confesamos nuestros pecados, él, que es fiel y justo, nos perdonará los pecados y nos limpiará de toda injusticia. Si decimos que no hemos pecado, lo hacemos mentiroso y no poseemos su palabra.

Hijos míos, os escribo esto para que no pequéis. Pero, si alguno peca, tenemos a uno que abogue ante el Padre: a Jesucristo, el Justo. Él es víctima de propiciación por nuestros pecados, no sólo por los nuestros, sino también por los del mundo entero.

Salmo

Sal 123,2-3.4-5.7b-8 R/. Hemos salvado la vida, como un pájaro de la trampa del cazador

Si el Señor no hubiera estado de nuestra parte,

cuando nos asaltaban los hombres,
nos habrían tragado vivos:
tanto ardía su ira contra nosotros. R/.

Nos habrían arrollado las aguas,
llegándonos el torrente hasta el cuello;
nos habrían llegado hasta el cuello
las aguas espumantes. R/.

La trampa se rompió, y escapamos.
Nuestro auxilio es el nombre del Señor,
que hizo el cielo y la tierra. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 2,13-18

Cuando se marcharon los magos, el ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: "Levántate, coge al niño y a su madre y huye a Egipto; quédate allí hasta que yo te avise, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo." José se levantó, cogió al niño y a su madre, de noche, se fue a Egipto y se quedó hasta la muerte de Herodes. Así se cumplió lo que dijo el Señor por el profeta: "Llamé a mi hijo, para que saliera de Egipto." Al verse burlado por los magos, Herodes montó en cólera y mandó matar a todos los niños de dos años para abajo, en Belén y sus alrededores, calculando el tiempo por lo que había averiguado de los magos. Entonces se cumplió el oráculo del profeta Jeremías: "Un grito se oye en Ramá, llanto y lamentos grandes; es Raquel que llora por sus hijos, y rehúsa el consuelo, porque ya no viven".

Reflexión del Evangelio de hoy

Dios es luz, Él es fiel y justo

Frente a los que optan por las tinieblas, el texto declara que Dios es luz y así lo expresa con brío la fe de la comunidad; a renglón seguido precisa el tenor de tan formidable afirmación. La luz es una forma de decir que Dios Padre se ha manifestado en Cristo Jesús con el fin de que los humanos tengamos la mejor orientación y la viva experiencia de un Dios cercano. Éste se ha manifestado tal cual es en su Hijo, portador de luz para toda la humanidad. Bien es cierto que la luz y la tiniebla son exponentes de la división que se observa entre los que siguen los mandatos de Dios y los que no, tema muy querido por la mentalidad gnóstica de la época. Los adversarios de la luz quienes, en tanto viven en la oscuridad, pretenden que les creamos cuando dicen estar en comunión con Dios, lo que es inimaginable si no vierten tal afirmación en una línea coherente de conducta. El devenir diario es el que debe respaldar la verdad de las palabras, de lo contrario sería patente pecado. Caminar en las tinieblas, equivalente a mentira, es negar el quehacer de Dios con sus hijos y oponerse al plan amoroso del Padre; al igual que afirmar conocer a Dios y no seguir sus mandatos es, en el mejor de los casos, pura ilusión, engaño evidente. Bello regalo que nos hace la Palabra al recordarnos que Dios Padre cumple lo que promete y no baja la guardia del amor nunca con nosotros.

Herodes mandó matar a todos los niños

Este relato de la matanza de los Santos Inocentes por decisión de Herodes pone de manifiesto unas veces de modo directo, otras con notable sutileza, que en el nuevo éxodo que le toca vivir a la familia de Nazaret está siempre presente la mirada amorosa de Dios quien hace llegar a José, representante de la línea davídica, el problema suscitado por el rey para que adopte la mejor decisión acorde con el plan salvador de Dios. No faltan referencias a Egipto, quizá por evocar con el camino de Jesús el recorrido de su pueblo cuando se libró de la esclavitud, o como la del llanto que aduce Jeremías, preludio de destierro. Y es que no hay que descartar las similitudes que establece Mateo entre la vida inicial de Jesús con los inicios del pueblo de Israel. Las razones no son otras que aquellas apuntan a que con Jesús de Nazaret comienza su andadura un nuevo pueblo. Como aquellas que indican que el contexto que rodea al nacimiento de este nuevo pueblo, brotes de esperanza para nuestro mundo, son de dolor y muerte, similar a aquel momento inicial de la predicación de Jesús cuando arrestaron a Juan el Bautista. Este texto es un reflejo resumido de la historia de Israel y de la acción de Moisés, como igualmente es un espejo de esperanza donde se pueden mirar tantos desplazados y descartados de nuestra tierra.

El argumento litúrgico de hoy hace memoria comprometida a favor de los inocentes de nuestro mundo que en su dolor y exclusión reviven el tremendo dolor que ocasionan los poderosos de cualquier ámbito humano cuando de alcanzar y retener el poder se trata.

*¿Aceptamos en la comunidad que la luz de Dios es más de fiar que nuestras decisiones?
¿Nos esforzamos por ser eco elocuente del sufrimiento de los débiles y descartados?*



Fr. Jesús Duque O.P.
Convento de Santo Domingo de Scala-Coeli (Córdoba)

Santos Inocentes

Mateo (2, 16-18), dentro del evangelio de la infancia de Jesús y con el estilo midrásico que caracteriza a los dos primeros capítulos de este Evangelio, refiere la muerte de los niños inocentes de Belén. Fue una consecuencia de la actitud de los magos de Oriente que, avisados en sueños, regresaron a su patria sin volver a Jerusalén conforme a la indicación que les había hecho Herodes. Éste, al verse defraudado, con la intención de hacer morir al nacido «Rey de los judíos», da orden de matar a todos los niños inferiores a dos años en Belén y su comarca.

La actitud de Herodes

No tenemos constancia de este episodio en las fuentes históricas extrabíblicas, que sólo refiere, entre los evangelistas, San Mateo. Pero sí de los numerosos y horribles crímenes llevados a cabo por Herodes, ante los cuales sería de menor relevancia la muerte de los niños de Belén. Según el testimonio del historiador judío Flavio Josefo, hizo matar a las siguientes personas: a su yerno José; a Salomé; a Hircano II, sumo sacerdote; a Mariamme, asmonea, su mujer, a quien amaba extraordinariamente; a Aristóbulo, hermano de ésta; a Alejandra, hermana de éstos; a sus propios hijos, Alejandro, Aristóbulo y Antípatro (a éste, cinco días antes de su muerte); a Kostobaro, noble idumeo; a otra mujer llamada Salomé; a Bagoas y a todos los siervos que habían concebido esperanzas mesiánicas. Hizo encerrar en el anfiteatro de Jericó a todos los personajes importantes de la ciudad, dando orden de que fuesen muertos a flechazos el día de su muerte (lo que no se cumplió) (cf. Antq. XVII, 1, 1; 2, 4; 3, 3. De bello jud., 28, 6; 29, 1).

Macrobio (siglo V) recuerda las palabras de Augusto al saber que Herodes había mandado matar a su propio hijo: «Vale más ser el cerdo (hys) de Herodes que su hijo (huión)» (advierte que los judíos no comían carne de cerdo). J. Klausner, judío, profesor de la Universidad hebrea de Jerusalén, caracteriza la historia de Herodes como una historia de «matanzas, confiscación de propiedades, duros tributos y desprecio de la Ley... Gota a gota Herodes drenó la sangre de los judíos durante los treinta y tres años de su gobierno. Raramente pasaba un día sin que alguien fuese ajusticiado» (Jesús de Nazaret. Su vida, tiempos y enseñanza. Buenos Aires, Edic. Paidós, p. 144). Podemos concluir que «Herodes es el prototipo de todos los opresores que asesinan sólo por miedo a perder un ápice de poder. En los inocentes de Belén vemos una realidad que siglo tras siglo, década tras década, empaña la historia de la humanidad y se torna en rostros concretos, independientes de las razas o religiones... Los santos inocentes están vivos hoy y siguen mostrándonos sus rostros perseguidos» (P. I. Fraile Yécora).

La Iglesia venera a los Santos Inocentes como los primeros mártires que tuvieron que derramar su sangre a causa de Cristo. Dice San Agustín que con razón pueden considerarse como las primicias de los mártires los que, como tiernos brotes, se helaron al primer soplo de la «persecución», ya que perdieron su vida no sólo por Cristo, sino en lugar de Cristo (cf. De Sanctis. Sermo CCXX. PL 39. 2152). Los santos padres celebran su martirio con grandes alabanzas.

Su celebración litúrgica estuvo unida en el siglo IV con la fiesta del nacimiento de Cristo. En Occidente en el siglo V se asocia también a la de la Epifanía del Señor. Parece fue en ese siglo cuando se instituyó una conmemoración propia de los santos inocentes. En Roma y África se fijó como fecha de tal celebración el 28 de diciembre y en la liturgia morárase el día 6 de enero.

Gabriel Pérez Rodríguez

Jue

29
Dic

2016

Evangelio del día

Octava de Navidad

“Una luz ha nacido para desterrar las tinieblas del mundo”

Primera lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Juan 2,3-11:

Queridos hermanos: En esto sabemos que conocemos a Jesús: en que guardamos sus mandamientos. Quien dice: "Yo le conozco", y no guarda sus mandamientos, es un mentiroso, y la verdad no está en él. Pero quien guarda su palabra, ciertamente el amor de Dios ha llegado en él a su plenitud. En esto conocemos que estamos en él. Quien dice que permanece en él debe vivir como vivió él.

Queridos, no os escribo un mandamiento nuevo, sino el mandamiento antiguo que tenéis desde el principio. Este mandamiento antiguo es la palabra que habéis escuchado. Y, sin embargo, os escribo un mandamiento nuevo -lo cual es verdadero en él y en vosotros-, pues las tinieblas pasan, y la luz verdadera brilla ya. Quien dice que está en la luz y aborrece a su hermano está aún en las tinieblas. Quien ama a su hermano permanece en la luz y no tropieza. Pero quien aborrece a su hermano está en las tinieblas, camina en las tinieblas, no sabe a dónde va, porque las tinieblas han cegado sus ojos.

Salmo

Sal 95,1-2a.2b-3.5b-6 R/. Alégrese el cielo, goce la tierra

Cantad al Señor un cántico nuevo,
cantad al Señor, toda la tierra;
cantad al Señor, bendecid su nombre. R/.

Proclamad día tras día su victoria.
Contad a los pueblos su gloria,
sus maravillas a todas las naciones. R/.

El Señor ha hecho el cielo;
honor y majestad lo preceden,
fuerza y esplendor están en su templo. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 2,22-35

Cuando llegó el tiempo de la purificación, según la ley de Moisés, los padres de Jesús lo llevaron a Jerusalén, para presentarlo al Señor, de acuerdo con lo escrito en la ley del Señor: «Todo primogénito varón será consagrado al Señor», y para entregar la oblación, como dice la ley del Señor: «un par de tórtolas o dos pichones.» Vivía entonces en Jerusalén un hombre llamado Simeón, hombre justo y piadoso, que aguardaba el consuelo de Israel; y el Espíritu Santo moraba en él. Había recibido un oráculo del Espíritu Santo: que no vería la muerte antes de ver al Mesías del Señor. Impulsado por el Espíritu, fue al templo.

Cuando entraban con el niño Jesús sus padres para cumplir con él lo previsto por la ley, Simeón lo tomó en brazos y bendijo a Dios diciendo: «Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz. Porque mis ojos han visto a tu Salvador, a quien has presentado ante todos los pueblos: luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel.»

Su padre y su madre estaban admirados por lo que se decía del niño.

Simeón los bendijo, diciendo a María su madre: «Mira, éste está puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; será como una bandera discutida: así quedará clara la actitud de muchos corazones. Y a ti, una espada te traspasará el alma.»

Reflexión del Evangelio de hoy

Dios es la luz verdadera

El acontecimiento de la Navidad es la fiesta de la luz. Una luz que ilumina nuestros hogares, que colorea nuestras calles y nos anima a contagiar a todo el mundo nuestra alegría y buenos deseos. Y ciertamente es la fiesta de la luz que debe alumbrar nuestra esperanza y llenar de sentido nuestra vida como participantes de la vida de Dios. Porque Dios es la Luz, la clarividencia de nuestro sentido, el resplandor de la vida futura que nos espera. Por eso Juan en esta lectura nos anima a ser fieles testigos de esa luz que Cristo vino a acercarnos y participarnos como parte de la vida en Dios. Reconocerse pecador es parte de nuestra condición humana, pero sabiendo que Dios espera de nosotros que nos convirtamos en espejo de su luz. Y Juan nos enseña el camino: el que ama a su hermano permanece en la Luz. El que aborrece a su hermano, está en tinieblas y anda a oscuras, sin saber dónde va, porque las tinieblas han cerrado sus ojos. Ya sabemos el camino, ser celemine de la luz de Cristo que esclarezca y entusiasme nuestro mundo hacia una sociedad de paz, fraternidad y armonía.

Y nosotros somos ofrenda de Dios

Lucas quiere dejar claro en este relato que Jesús es el Primogénito de Dios, el Elegido que ha venido a cumplir la promesa de Dios a su Pueblo. No era necesario que sus padres lo llevaran al Templo, pues bastaba con ofrecer el sacrificio de dos tórtolas o dos pichones para cumplir con el precepto de la Ley sobre el rescate de los primogénitos. Todo viene de Dios y todo pertenece a Dios, por eso la ley fijaba la obligación de consagrar tanto los primeros frutos de la cosecha, como a los primogénitos de la vida, para recibir la bendición y la suerte en la familia. José y María cumplen con la Ley, y ofrecen el sacrificio de los pobres, dos pichones. Lucas resalta este hecho porque la buena noticia de la salvación Dios la tiene reservada a los pobres de corazón; pero sobre todo, ofrece a su hijo Jesús al Padre Dios. Es el recuerdo de la muerte de los primogénitos de Egipto, el inicio de la Alianza que en Jesús cobra un significado nuevo. Un destino que el anciano Simeón, presente en el Templo, concreta en dos conceptos proféticos fundamentales: Jesús es Luz para todas las naciones, y es Gloria para el pueblo de Israel. Ha llegado la Luz al mundo, ya todo cobra sentido, se produce la regeneración del género humano. Dios vuelve a recrear al hombre liberándolo del destino del pecado y retornando la vida a la Luz de Dios. Así, como reza el propio Simeón, la vida puede vivirse desde la paz y el sosiego del espíritu. La salvación se ha hecho presente y debemos ser testigos de esa nueva creación, de ese Reino de Dios nuevo que se ha instaurado en Jesús. Así cobra también sentido el cántico de la Navidad: Gloria a Dios en el cielo y Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad, a los hijos de la Luz, a los que aman a su prójimo y son bendición para sus hermanos.

¿Dejamos que la luz de la Navidad ilumine nuestra vida en este sentido de fraternidad y solidaridad hacia nuestros hermanos, especialmente a los abandonados, deprimidos o más necesitados?

Que nuestro deseo de Paz y amor en estas fiestas surja de lo más profundo de nuestro encuentro con Dios que hace que nos reconozcamos todos los hombres como hermanos.



D. Oscar Salazar, O.P.
Fraternidad San Martín de Porres (Madrid)

“El amor ceñidor de la unidad consumada”

Primera lectura

Lectura del libro del Eclesiástico 3, 2-6.12-14:

Dios hace al padre más respetable que a los hijos y afirma la autoridad de la madre sobre su prole. El que honra a su padre expía sus pecados, el que respeta a su madre acumula tesoros; el que honra a su padre se alegrará de sus hijos y, cuando rece, será escuchado; el que respeta a su padre tendrá larga vida, al que honra a su madre el Señor lo escucha. Hijo mío, sé constante en honrar a tu padre, no lo abandones mientras vivas; aunque chochee, ten indulgencia, no lo abochornes mientras vivas. La limosna del padre no se olvidará, será tenida en cuenta para pagar tus pecados.

Salmo

Sal 127,1-2.3.4-5 R/. Dichosos los que temen al Señor y siguen sus caminos

Dichoso el que teme al Señor
y sigue sus caminos.
Comerás del fruto de tu trabajo,
serás dichoso, te irá bien. R/.

Tu mujer, como parra fecunda,
en medio de tu casa;
tus hijos, como renuevos de olivo,
alrededor de tu mesa. R/.

Ésta es la bendición del hombre que teme al Señor.
Que el Señor te bendiga desde Sión,
que veas la prosperidad de Jerusalén
todos los días de tu vida. R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Colosenses 3,12-21

Como elegidos de Dios, santos y amados, vestíos de la misericordia entrañable, bondad, humildad, dulzura, comprensión. Sobrellevaos mutuamente y perdonaos, cuando alguno tenga quejas contra otro. El Señor os ha perdonado: haced vosotros lo mismo. Y por encima de todo esto, el amor, que es el ceñidor de la unidad consumada. Que la paz de Cristo actúe de árbitro en vuestro corazón; a ella habéis sido convocados, en un solo cuerpo. Y sed agradecidos. La palabra de Cristo habite entre vosotros en toda su riqueza; enseñaos unos a otros con toda sabiduría; corregíos mutuamente. Cantad a Dios, dadle gracias de corazón, con salmos, himnos y cánticos inspirados. Y, todo lo que de palabra o de obra realicéis, sea todo en nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él. Mujeres, vivid bajo la autoridad de vuestros maridos, como conviene en el Señor. Maridos, amad a vuestras mujeres, y no seáis ásperos con ellas. Hijos, obedeced a vuestros padres en todo, que eso le gusta al Señor. Padres, no exasperéis a vuestros hijos, no sea que pierdan los ánimos.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 2,13-15.19-23

Cuando se marcharon los magos, el ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: «Levántate, coge al niño y a su madre y huye a Egipto; quédate allí hasta que yo te avise, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo.» José se levantó, cogió al niño y a su madre, de noche, se fue a Egipto y se quedó hasta la muerte de Herodes. Así se cumplió lo que dijo el Señor por el profeta: «Llamé a mi hijo, para que saliera de Egipto.» Cuando murió Herodes, el ángel del Señor se apareció de nuevo en sueños a José en Egipto y le dijo: «Levántate, coge al niño y a su madre y vuélvete a Israel; ya han muerto los que atentaban contra la vida del niño.» Se levantó, cogió al niño y a su madre y volvió a Israel. Pero, al enterarse de que Arquelao reinaba en Judea como sucesor de su padre Herodes, tuvo miedo de ir allá. Y, avisado en sueños, se retiró a Galilea y se estableció en un pueblo llamado Nazaret. Así se cumplió lo que dijeron los profetas, que se llamaría Nazareno.

Reflexión del Evangelio de hoy

El amor ceñidor de la unidad consumada

En este día de la Sagrada Familia es bueno que reflexionemos, como nos proponen los textos de litúrgicos tanto Ben Sirá, en el Libro del Eclesiástico, como San Pablo, en su Carta a los cristianos de Colosas, sobre nuestro personal comportamiento como hijos respecto a

nuestros padres, como padres respecto a sus hijos y como esposos entre sí, para formar entre todos una familia en la que el amor, la comprensión, el respeto, la aceptación mutua y un largo etc., presidan nuestra convivencia diaria.

Los textos nos invitan a amarnos y respetarnos unos a otros. Pero, llama la atención que una actitud que, por ella misma, debía ser espontánea, se nos propone como mandato (no olvidemos que es el cuarto mandamiento de la Ley de Dios) y, al cumplirlo, recibimos como recompensa: acumular tesoros, ser escuchados, obedecer al Señor y reparar nuestros pecados. Aunque, personalmente, mantengo la opinión de que cuidar y mimar a nuestros padres debía ser algo innato en el corazón y pensamiento de todo hijo.

El respeto a nuestros padres está en la misma línea que el respeto debido a Dios, es más, es expresión del amor que debemos a Dios, porque nuestros padres continúan, en cierto sentido, la autoridad de Dios, son continuadores de su obra creadora y salvadora en nosotros: por ellos vinimos a la vida, de ellos recibimos la primera educación, el sentido religioso de la vida, el cuidado, la alimentación y un largo etc. que nunca deberíamos olvidar.

Ben Sirá nos comunica su experiencia vital fruto de acumuladas experiencias, de profunda meditación, pero sobre todo fruto de su experiencia de la Bondad de Dios en su vida.

Acojamos los consejos que el Libro del Eclesiástico y el Apóstol San Pablo nos ofrecen hoy para aprender a vivir bien, para alcanzar la bendición de Dios, para ser felices y hacer felices a quienes conviven con nosotros, para continuar, con mano propia, la obra creadora de Dios con la que nos regala la VIDA.

Y, no perdamos de vista que, San Pablo, nos recuerda que «el Amor es el ceñidor de la unidad consumada.»

La Sagrada Familia

Siguiendo el texto evangélico de San Mateo, fijamos hoy nuestra mirada en Jesús, María y José, y adoramos el misterio de un Dios que quiso nacer de una Mujer, para entrar en este mundo por el camino común a todos los hombres. Al hacerlo así, Jesús santificó la realidad de la familia, colmándola de gracia divina y revelando plenamente su vocación y misión.

La Sagrada Familia nos enseña a poner a Dios en el centro de toda convivencia, y, a tener el amor como motivación familiar y fraterna, ejercitando las virtudes teologales.

Por una parte, la Familia de Jesús, de María y de José, es una familia como todas y, en cuanto tal, es modelo de amor conyugal, de colaboración, de sacrificio, de ponerse en manos de la divina Providencia, de laboriosidad y de solidaridad; es decir, de todos los valores que la familia conserva y promueve, contribuyendo en primer lugar, a formar el entramado de toda sociedad.

Sin embargo, al mismo tiempo, la Familia de Nazaret es única, diversa de todas las demás pues, por su singular vocación, está vinculada a la misión del Hijo de Dios.

Y, precisamente por esta unicidad señala a todas las familias, el horizonte de Dios, el primado dulce y exigente de su voluntad y la perspectiva del cielo al que estamos destinados.

De la vida "oculta" de Jesús, de su vida familiar sabemos muy poco. Suponemos que - de acuerdo a la piedad, a la educación recibida y a la profunda presencia del Espíritu Santo en Jesús y en sus padres- hubo una relación de respeto y comprensión, sin excluir las preocupaciones y situaciones normales, e incluso dramáticas, de la vida cotidiana de toda familia.

Damos gracias a Dios, porque María Santísima y San José, con fe y disponibilidad cooperaron al plan de salvación de Dios.

Que el ejemplo de María, que conservaba todo en su corazón (cf. Lc 2, 51), y el silencio de José, hombre justo (cf. Mt 1, 19), nos hagan entrar en el misterio pleno de fe y de humanidad de la Sagrada Familia.

Si tenemos problemas en la convivencia podíamos preguntarnos si:

¿Será porque no reconocemos que la vida es un DON de Dios?

¿Será porque no somos conscientes que nuestros padres colaboraron con Dios para que nosotros recibiéramos de Dios el regalo de la vida?

¿Será porque tendemos a poner mayor empeño en atender nuestros derechos antes que nuestras obligaciones?



Monjas Dominicanas Contemplativas
Monasterio de Santa Catalina de Siena (Paterna)

Sagrada Familia

Fiesta de la Sagrada Familia

Historia de la fiesta de la Sagrada Familia

Así como se provocó en la piedad de la Iglesia, en tiempos modernos, el culto a San José, al que va profundamente unido el culto más antiguo a la Virgen María, así se ha llegado con espontaneidad a extenderse también, a partir del siglo XVII, la devoción a la Sagrada (Santa) Familia de Nazaret.

Fue en el siglo XIX, cuando la destrucción de la familia cristiana, dada la revolución industrial que provocó la aglomeración urbana, solicitó con urgencia la atención de la Iglesia. Por ello se decidió crear una fiesta con liturgia completa, centrada en el ejemplo e intercesión de la Sagrada Familia de Nazaret, constituida por Jesús, María y José.

El año 1893, el papa León XIII introdujo la fiesta, que se situó en el tercer domingo después de Epifanía. Poco después se colocó el primer domingo después de Epifanía, pues el evangelio del día describía la vida de la Sagrada Familia en Nazaret. El Calendario romano (general) de 1969 determina que esta fiesta se celebrará ahora el domingo dentro de la octava de Navidad: El domingo dentro de la octava de Navidad se celebra la fiesta de la Santa Familia» (CR, n. 35 y comentario histórico, pág. 60). Justamente en el mismo misal típico, antes de las lecturas del ciclo «A», se determina que, en defecto de tal coincidencia del domingo, la fiesta se celebrará el 30 de diciembre.

La intención de la fiesta era ante todo promover la salvación del núcleo familiar en su espíritu genuinamente cristiano e ideal, como de un modo tan «especial» se realizó en la Santa Familia de Nazaret. Pero se debe tener en cuenta que en ella no existían ni el pecado, ni las consecuencias del pecado, salvo, quizá, en mínima medida en San José, ya tan directamente ilustrado por el ángel del Señor (Mt 1, 18-25), sobre el misterio de la Propia «santa familia». Por eso la Familia de Nazaret se debe tener como ejemplo, pero, sobre todo, como intercesión para los fieles de todas las épocas.

El mensaje de la fiesta de la Sagrada Familia

Como ha afirmado el Catecismo de la Iglesia Católica, la vida escondida de la Sagrada Familia en Nazaret permite que el hombre se una a Cristo en los momentos más ordinarios de la vida cotidiana, como ya había afirmado el papa Pablo VI en el discurso antes citado.

Todos formamos parte de una gran familia mucho más amplia que la propia familia natural: somos la familia de Dios; somos hijos de Dios y a él nos unimos por la redención de Cristo conforme al designio originario de nuestra creación.

La familia es una verdadera «Iglesia doméstica» dentro de la Iglesia universal que es la familia de Dios.

La vida de los orígenes de la Iglesia estaba constituida de familias, como pequeñas islas de vida cristiana, en un mundo sin fe, Es bien seguro que ésta es la situación actual.

En la familia se ejerce además el gran mensaje de la «santa» familia de Nazaret: no sólo el amor mutuo, sino la oración y el culto a Dios.

Me parece muy significativo que en el contexto de la familia, el Catecismo haya tratado y recordado también a algunas personas, las personas «solteras» que, a causa de las condiciones concretas en las que deben vivir —y a menudo, sin haberlo querido— están especialmente cercanas al amor de Cristo. Éstas son tantas personas que no se han casado, muchas de las cuales viven su situación en el espíritu de las bienaventuranzas, sirviendo a Dios y al prójimo de manera ejemplar. A ellos la Iglesia y los hogares cristianos deben abrirse también con generosidad y dedicación pastoral (CIC, n. 1658).

La familia cristiana está potenciada por un «sacramento», al que ya se ha aludido brevemente, pero que, en definitiva, significa la máxima facilidad humana para realizar todos los deberes y da todos los recursos del matrimonio, especialmente la comunión de vida, que es indisoluble naturalmente y que se facilita al máximo cuando se es fiel a la gracia de Dios y la participación constante en la Eucaristía, en la comunión sacramental, como fuente de la presencia activa del Espíritu Santo. El ideal del matrimonio es casi inalcanzable y sin fronteras: amarse mutuamente como Cristo ama a su Iglesia. Este ideal tan sublime no se consigue sin la gracia del sacramento y su alimento en la Eucaristía y en la oración.

La familia cristiana no puede vivir cerrada en sí misma. Es necesario abrirse a las necesidades y a las alegrías de los demás.

La familia cristiana debe tener una idea clara de los propios deberes: ante todo el bien de los mismos esposos, cuya personalidad se enriquece en la vida común y, luego, como fruto natural en la fecundidad y en el respeto o en el no «tener miedo» a la vida. La obediencia de los hijos debe ser motivada y espontánea en el amor y ejemplo de los padres. El espíritu de agradecimiento nunca puede faltar en los hijos.

Los padres en la familia deben vivir la generosidad en la educación, en la virtud y en el saber de los propios hijos; deben saber usar de la corrección oportuna.

Sobre todo, la familia debe ser la escuela de la formación en la fe y la realidad de poder orar juntos y participar todos juntos en el culto cristiano, especialmente en la celebración dominical de la Eucaristía.

Sin duda que es en este punto donde está fallando nuestra sociedad consumista. No se encuentra momento para rezar juntos; para hablar de cosas trascendentes. Se debe dar ejemplo de vida serena y distendida, para proponer o favorecer las vocaciones religiosas;

para poder orar juntos.

Todas estas obligaciones, ideales y realidades vivas las encontramos seguramente en el modelo de la Sagrada Familia de Nazaret. Pero no hay duda que es necesario dar un gran salto en la fe al comparar las condiciones especiales de esta Santa Familia con la cotidianidad de nuestras familias cristianas en el mundo en el que ahora vivimos. De todos modos, si la Sagrada Familia es un ejemplo difícil de imitar, siempre será eficaz su intercesión para que las familias cristianas se enfrenten al mundo actual que, si falla en tantas cosas, es porque fundamentalmente está fallando en el seno de las familias.

Tantas leyes civiles están tocando negativamente la familia y cada día aumentan. Por eso es necesario que la oración de los fieles logre intensificar su santidad espontánea y que sigan en la medida posible como ideal la vida santa» de la Familia de Nazaret.

Antolin González Fuente, O.P.

Sáb

31
Dic

2016

Evangelio del día

Octava de Navidad

“La Palabra era la luz verdadera, que alumbra a todo hombre”

Primera lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Juan 2,18-21:

Hijos míos, es el momento final. Habéis oído que iba a venir un Anticristo; pues bien, muchos anticristos han aparecido, por lo cual nos damos cuenta que es el momento final. Salieron de entre nosotros, pero no eran de los nuestros. Si hubiesen sido de los nuestros, habrían permanecido con nosotros. Pero sucedió así para poner de manifiesto que no todos son de los nuestros. En cuanto a vosotros, estáis ungidos por el Santo, y todos vosotros lo conocéis. Os he escrito, no porque desconozcáis la verdad, sino porque la conocéis, y porque ninguna mentira viene de la verdad.

Salmo

Sal 95, 1-2. 11-12. 13-14 R/. Alégrese el cielo, goce la tierra

Cantad al Señor un cántico nuevo,
cantad al Señor, toda la tierra;
cantad al Señor, bendecid su nombre,
proclamad día tras día su victoria. R/.

Alégrese el cielo, goce la tierra,
retumbe el mar y cuanto lo llena;
vitoreen los campos y cuanto hay en ellos,
aclamen los árboles del bosque. R/.

Delante del Señor, que ya llega,
ya llega a regir la tierra:
regirá el orbe con justicia
y los pueblos con fidelidad. R/.

Evangelio del día

Comienzo del santo evangelio según san Juan 1,1-18

En el principio ya existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios. La Palabra en el principio estaba junto a Dios. Por medio de la Palabra se hizo todo, y sin ella no se hizo nada de lo que se ha hecho. En la Palabra había vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz brilla en la tiniebla, y la tiniebla no la recibió. Surgió un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan: éste venía como testigo, para dar testimonio de la luz, para que por él todos vinieran a la fe. No era él la luz, sino testigo de la luz. La Palabra era la luz verdadera, que alumbra a todo hombre. Al mundo vino, y en el mundo estaba; el mundo se hizo por medio de ella, y el mundo no la conoció. Vino a su casa, y los suyos no la recibieron. Pero a cuantos la recibieron, les da poder para ser hijos de Dios, si creen en su nombre. Éstos no han nacido de sangre, ni de amor carnal, ni de amor humano, sino de Dios. Y la Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria propia del Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad. Juan da testimonio de él y grita diciendo: «Éste es de quien dije: "El que viene detrás de mí pasa delante de mí, porque existía antes que yo."» Pues de su plenitud todos hemos recibido, gracia tras gracia. Porque la Ley se dio por medio de Moisés, la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo. A Dios nadie lo ha visto jamás: el Hijo único, que está en el seno del Padre, es quien lo ha contado.

Reflexión del Evangelio de hoy

Vosotros, estáis ungidos por el Santo, y todos vosotros lo conocéis

Hoy es “la última hora” del año 2016. Mirando hacia atrás recordamos sucesos y tristes, fidelidades e infidelidades en nuestra vida cristiana, avances y retrocesos, situaciones que responde a la fe cristiana y otras contrarias a ellas. Así se forma nuestro tiempo. Pero si **“somos del Señor”** podemos entender que todo puede ser para bien. Cuando nuestra vida mira a Dios, y percibimos que estamos bajo su mirada, Los acontecimientos se ven orientados hacia lo definitivo, hacia lo pleno, a través, eso sí, de lo efímero e imperfecto.

Y la Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros

La Iglesia nos presenta hoy el evangelio de la llamada “Misa del día”, de la fiesta de Navidad. En el evangelio de la misa del día, el Prólogo de San Juan, el nacimiento de Jesús se presenta desde arriba, desde donde vino, como antes la creación, de la vida divina. Se hace carne, viene a los suyos, viene a las tinieblas, y el único matiz que se expone de la llegada es que siendo luz “la tiniebla no lo recibe”; siendo Palabra vino a la casa de los seres humanos y éstos, “que eran suyos” o “no la conocieron” o no “la recibieron”. Pero, a pesar de todo esa Palabra “acampó entre nosotros y hemos contemplado su gloria”. Lo han contemplado los que le recibieron, y vieron que era la “gloria del hijo de Dios”. ¿Quiénes son estos? El texto dice que son los “nacidos de Dios”, es decir los que tienen a Dios por Padre.

Al final del año, suele hacerse un repaso de nuestro vivir a través de los días, semanas y meses de ese año. La invitación que no hace la Liturgia de este día a través del texto evangélico, es a reflexionar si somos de los que hemos incorporado al Hijo de Dios, en nuestro vivir. A alguien de nuestra carne, que pasó por una historia humana, la nuestra, por días semanas y años como los nuestro; si lo hemos considerado de nuestra familia, y nos hemos sentido a gusto con su presencia en nuestra vida. Una presencia activa que eleva nuestra naturaleza humana a ser naturaleza de Dios, porque él la asumió. Si él, que es Palabra, ha sido Palabra escuchada, tenida en cuenta. Él que viene a los suyos por amor, ha encontrado ese amor en nosotros a él y a los demás que él amó. Feliz será el año 2017 si cada día el Hijo de Dios, Jesús de Nazaret, encuentra sitio en nuestra casa.



Fray Juan José de León Lastra
Convento de Ntra. Sra. de Atocha (Madrid)

El día **1 de Enero de 2017** no hay comentario en "el Evangelio del día". Puede encontrar el comentario de la liturgia de este día en la página de [Homilias](#).